

si es el mayor de todos, ¿qué cosa mas terrible que su eterna duracion? Pues esta es la herencia de todos los que mueren en pecado mortal; esta es la suerte de todos los que se condenan: dolores sin medida, tormentos sin número, duracion sin fin. ¡O Dios, qué desgracia mas horrible ni mas digna de temerse! ¿Y es esta la desgracia que se teme mas? ¡Oh, qué prudentes fueron los santos en no perder nunca de vista esta espantosa eternidad! Imita su ejemplo y sus piadosas industrias. Si una cosa te deleita y otra te mortifica, considera que una y otra pasa, y que despues de estos cortos dias se sigue una eternidad. Al acabar tus oraciones de la mañana y de la noche, piensa siempre que hay una eternidad infeliz, y que una gran parte de los que hoy viven, y acaso la mayor, han de tener por su destino esta infeliz eternidad. Cuando veas morir algun amigo, algun pariente tuyo, haz luego reflexion sobre cuál será su desdicha si le ha cabido en suerte una eternidad infeliz. Nunca tomes diversion, nunca emprendas negocio de consecuencia, sin echar una ojeada hácia esta espantosa eternidad. No temas sazonar tus diversiones con este pensamiento: á la verdad no te darán tanto gusto, pero tambien te ahorrará muchos remordimientos. Uno de los medios para no caer en el infierno ni en la infeliz eternidad, es pensar en ella con frecuencia. ¡O mi Dios, qué dichosos, qué buenos cristianos seríamos si estuviéramos pensando siempre en ella!

2. Nunca te olvides de que la eternidad infeliz es fruto de unos deleites que duraron pocos momentos. Si el tentador te importuna, si la pasion se irrita, si el deleite es dulce, si la tentacion es violenta; llama luego al pensamiento la memoria y la imágen de la espantosa eternidad. ¿Se apodera de tu corazon la còdicia ó el amor de las riquezas? pues compara esa opulencia, esos bienes que gozas ó esperas gozar, con

la eterna falta de todo, que es la herencia de los condenados. ¿Se inquieta la carne con el atractivo de los deleites? pues pregúntate á tí mismo con el Profeta, si esos deleites tan cortos y tan superficiales podrán apagar el ardor de las llamas sempiternas. Cuando se te excite la cólera, cuando tus enemigos te ofendan, cuando las desgracias y los trabajos te persigan, considera qué cosa es arder, sufrir, rabiarse, ser infeliz y estar en desgracia de Dios por toda la eternidad. El pensamiento y la memoria de la eternidad acibáran, por decirlo así, el sánete de los gustos; pero tambien suavizan la amargura de los trabajos, y hacen tolerables y meritorias las adversidades. No te contentes con aprovecharte tú solo de esta piadosa industria; procura enseñarla tambien á tus hijos y á tus criados. Háblales con frecuencia de la eternidad; de cuando en cuando hazles una pintura de ella viva y penetrante. Estas reflexiones son siempre muy provechosas: ¿De qué me sirve ocupar el trono; vivir rodeado de esplendor y de abundancia por algunos pocos años, si he de ser despues infeliz por toda una eternidad?

---

## DIA VEINTE Y SIETE.

### SANTA CITA, VÍRGEN.

No hay estado tan pobre, no hay condicion tan oscura en el mundo, en que no se pueda, con la asistencia de la divina gracia, arribar á una eminente santidad. Prueba incontestable de esta verdad es santa Cita.

Fué de nacimiento humilde, hija de un pobre paisano. Llamábase su padre Lombardo, y su madre

Bonísima; eran ambos pobres, pero temerosos de Dios: y como no esperaban dejar ningunos bienes á su hija, procuraron dejarla á lo menos el de la virtud, que es el mayor de todos.

Nació Cita en el principio del siglo XIII, en una aldea llamada Monsagradi, poco distante de la ciudad de Luca. Los desvelos de la virtuosa madre en criarla en el temor santo de Dios, fructificaron fácilmente en aquel tierno corazón que parecía como nacido para la virtud, por estar lleno de inclinaciones naturalmente piadosas. Hechizaba á todos la dulzura de su genio y su modestia; hablaba poco, trabajaba mucho, y solo interrumpía la labor para entregarse á la oración. Luego que tuvo bastante discreción para conocer y amar á Dios, nunca le perdió de vista, y en ningún otro objeto hallaba gusto su corazón. Siendo niña, la bastaba oír que alguna cosa era ofensa de Dios, para mirarla con horror por toda la vida; ni su madre necesitaba valerse de otros términos para enseñarla y para corregirla que estos: *Dios manda esto, prohíbe aquello*; en estas dos palabras se comprendía todo para ella.

Siendo de doce años, la pusieron á servir en casa de un ciudadano de Luca, llamado Fatineli, que la tenía contigua á la iglesia de San Frigidiano. Consérvase esta casa hasta el día de hoy con singular veneración, estando adornados todos sus cuartos de ricas y primorosas pinturas que representan las principales acciones y milagros de nuestra santa.

Hallándose Cita en el humilde estado de criada, desde luego se persuadió que la verdadera virtud consistía en cumplir exactamente con las obligaciones de su estado; y á esto se aplicó con el mayor empeño. Levantábase siempre al despuntar el día: y mientras los demás dormían, ella oraba, cuidando de tener ya oída misa todos los días antes que

fuese hora de dar principio á los quehaceres de la casa.

Como era muy advertida y de mucha capacidad, prevenía de ordinario con anticipación todo aquello que la tocaba hacer. Era tan exacta en el cumplimiento de su obligación, que parecía no pensaba en otra cosa que en las ocupaciones de su oficio: con todo eso la era sumamente familiar la presencia de Dios, y la oración tenía para ella indecibles atractivos.

Siendo humilde, mortificada, laboriosa y obediente, quién no diría que había de ser muy estimada de todos cuantos la conociesen y tratasen? Con todo eso permitió Dios que por algunos años fuese bien ejercitada. A su circunspección la llamaban simpleza ó tontería; y el gran cuidado que ponía en cumplir exactamente con su deber, lo atribuían á vanidad y á deseos de sobresalir entre las demás. Nunca acertaba con cosa que fuese del gusto de su ama, cuya antipatía se aumentaba con los chismes que la iban á contar los demás criados. Si estos faltaban ó se descuidaban en algo, la culpa siempre se echaba á nuestra santa. Censuraban su silencio y su devoción; hacían burla de su delicadeza de conciencia y de su puntualidad; su moderación les enfadaba, y hasta su vida austera y penitente les era pesada. Hallándose Cita tan despreciada, tan aborrecida, tan recargada y tan injustamente maltratada, nunca se desmintió á sí misma: siempre igual, siempre serena, siempre apacible y siempre oficiosa, jamás salió de su boca ni la más mínima queja. Una virtud tan probada y tan constante se descubrió en fin á pesar de la emulación, de la antipatía y de la malignidad. Conocieron los amos y conocieron los criados el tesoro que tenían en su casa, y todos hicieron justicia á la virtud y al mérito de nuestra santa.

La prueba más insufrible de todas para ella, fué

esta repentina mudanza de ánimos y de corazones en su favor. Como era tanta su ansia de padecer y de verse humillada, se persuadió que esta novedad era castigo de Dios; y llegó á afligirse tanto con este pensamiento, que, habiéndoselo conocido su ama, afectaba de cuando en cuando reñirla para consolarla.

Como era tanta la confianza y la estimacion que hacian de ella, pusieron los amos á su cuidado todo el gasto y gobierno económico de la casa. No se puede decir cuánta fué su exactitud, cuidado y vigilancia: miraba el dinero y provisiones que pasaban por su mano, como un depósito de que Dios la habia de pedir cuenta; y así era tal su economía, que rayaba en escrúpulo.

Enemiga mortal de la ociosidad, siempre estaba ocupada; y en casi sesenta años que estuvo en aquella casa, jamás la vieron sin alguna labor en las manos. Acostumbraba decir que las principales prendas de una criada cristiana eran el temor de Dios, la fidelidad, la humildad y el amor al trabajo. Ninguna criada, decia, puede ser virtuosa, si no es laboriosa; una virtud holgazana, especialmente en las que son de nuestra esfera, es una falsa virtud.

La tierna devocion que profesó desde su infancia á la santísima Virgen, no solamente la inspiró un extraordinario amor á la pureza, sino que la mereció el don de esta virtud. En este particular no es fácil explicar hasta qué punto llegaba su delicadeza; jamás miró á hombre alguno á la cara. Nunca se alivió de ropa, ni aun en medio de los mas abrasados calores del estío; nunca se la arregazó, ni aun cuando tenia que hacer los oficios mas penosos ó menos limpios de la casa, temiendo aparecer con menos decencia, modestia y compostura. Habiendo en cierta ocasion tenido atrevimiento un criado para decirla no sé qué

palabras descompuestas, se horrorizó tanto, que faltó poco para que cayese desmayada; y ya iba á salirse de la casa, si en la misma hora no hubiera sido despedido de ella aquel atrevido.

Conservó esta delicada virtud á favor de una rigurosa mortificacion y penitencia. Era grande su abstinencia; ayunaba todo el año y casi todos los dias á pan y agua. Andaba con los piés desnudos, aun en el mayor rigor del invierno; y dormia sobre la dura tierra, ó algunas veces sobre unos sarmientos. No se sabia cómo podia vivir con tan poco alimento y con una vida tan penitente; pero creció la admiracion cuando despues de muerta encontraron su cuerpo rodeado de un cordel que se entraba dos dedos en la carne. Semejante instrumento de penitencia, para la santa que estaba siempre trabajando, era un duro tormento.

Habianla permitido sus amos que en el discurso del año hiciese algunas devotas peregrinaciones, bastante distantes y dificultosas: siempre las hacia á pié y en ayunas. Como los quehaceres de la casa no la hubiesen dado lugar una vez para salir por la mañana á visitar el santuario del Santo Angel, que se venera en un monte á dos leguas de Luca, quiso ir por la tarde; y mostró Dios cuán grata le era esta devocion con el prodigio de hallarse Cita milagrosamente transportada á dicho santuario.

Dotada de un don sublime de oracion, todo el dia estaba trabajando, y todo el dia estaba orando: porque ni el trabajo interrumpia la oracion, ni la oracion era estorbo al trabajo. Abrasada del fuego del divino amor, se la oia exclamar incesantemente dia y noche: *Si, divino Esposo mio, yo os amo*. Habia fabricado una especie de celdilla en el rincon mas retirado de la casa, á la cual solia ir de cuando en cuando á pasar toda la noche en contemplacion; y

atestiguaron los demás criados que muchas veces habian visto esta celdilla rodeada de un brillante resplandor.

Como un dia se hubiese dejado llevar de su fervor mas de lo acostumbrado, se acordó, aunque ya algo tarde, que tenia que amasar : dejó su devocion, y corrió prontamente á reparar su falta ; pero ya Dios la habia remediado, porque encontró amasado el pan, y en disposicion de poderle meter en el horno ; manifestando el Señor con semejantes y frecuentes prodigios la santidad de su sierva.

Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. Tenia formado tan bajo concepto de sí misma, que se admiraba cómo no la despreciaban todas las criaturas, y cómo podia sufrirla la tierra sobre sí. Respetaba á los demás criados como si todos fueran sus amos ; apenas abrian la boca, cuando eran obedidos sin réplica y sin dificultad. Ciertas señoritas de poca edad, amigas de su ama, sabiendo su pronta obediencia, hallaban gusto, solo para divertirse y para probarla, en enviarla con recados supuestos á un paraje distante media legua de la ciudad, cuando estaba lloviendo á cántaros : obedecia con puntualidad, llevaba el recado, y volvia calada de agua sin quejarse.

Su apacibilidad sosegaba los ánimos mas irritados. Cuando su amo estaba colérico, solo dejarse ver y decirle Cita una palabrita, bastaba para desarmar su cólera. Algunas veces se echaba á sus piés para interceder por los otros.

Pero la mas sobresaliente de todas sus virtudes fué la caridad. No puede explicarse á qué grado llegó en ella esta esclarecida virtud ; no tenia límites su compasion con los pobres, con los afligidos y con todos los atribulados. Comunmente se cree que uno de los motivos que tuvo para ayunar casi siempre á pan

y agua, fué por tener mas para dar limosnas ; pero nunca daba nada sin licencia. Viendo su amo que al parecer los bienes se multiplicaban en sus manos, la concedió amplias facultades para que diese la limosna que le pareciese ; usó de ella con liberalidad, pero con discrecion, y Dios la autorizó muchas veces con milagros.

En tiempo de hambre, habiendo gastado todo el dinero que la dieron sus devotos, apuró tambien toda la panera de su amo : pero se la llenó presto Dios ; porque, volviendo á ella para recoger algunas pocas legumbres y algunos puñados de grano que habian quedado, la encontró mas llena que antes que se abriese para la limosna. En cierta ocasion se llegó á ella un pobre forastero, y la pidió un traguito de vino por amor de Dios : afligióse porque no lo tenia ; pero llena de confianza acudió á un pozo que estaba cerca, sacó una jarra de agua que milagrosamente se halló convertida en un excelente vino. Hasta el dia de hoy se conserva este pozo, y se llama el pozo de santa Cita.

Nunca tuvo mas muebles que el vestido que traia puesto, porque todo lo daba á los pobres ; y cuando la reprendian por esto, respondia : *¿ Pues qué ? pídemle Cristo limosna en la persona de sus pobres, ¿ y habia yo de tener corazon para negársela ?*

Una noche de Navidad, en que era excesivo el frío, la prestó su amo una capa aforrada, mandando la que usase de ella, pero que se la volviese. Al entrar en la iglesia, vió á un pobre medio desnudo y todo transido de frío ; no hubo necesidad de ruegos para que le echase al punto la capa aforrada sobre las espaldas ; pero acabada la misa, al entrar en casa, el pobre la restituyó la capa y desapareció.

Dei mismo principio nacia su inclinacion natural á disimular las faltas de todos. Algunas veces los que

hablaban con ella fingian ciertos defectos en sugetos tambien supuestos, solo por el gusto de ver los esfuerzos, las razones, las sutilezas que discurría para disculparlos. Jamás se la oyó hablar mal de nadie; cuanto hacian los demás era bueno, era loable; solo ella, á su entender, estaba llena de miserias y de faltas.

Pero lo que tenia mas impreso en el corazon, era la salvacion de las almas: por eso una de sus principales devociones era rogar incesantemente á Dios por los que trabajan en ministerios conducentes á la salud espiritual del prójimo, para que echase su bendicion á su zelo y á sus trabajos. Tambien se compadecia mucho de aquellos que por sus delitos eran condenados á muerte; pasaba semanas enteras pidiendo al Señor les asistiese con su gracia, para que se aprovecharan del suplicio padeciéndolo con espíritu de penitencia, y doblaba su oracion y sus mortificaciones para que su Majestad les concediese una buena muerte.

Hallándose dotada de tantas virtudes, y sobre todo abrasada de tan perfecta caridad, no es maravilla que fuese favorecida con los mayores dones sobrenaturales, y singularmente con el don de milagros. En la misa y en la comunión la vieron muchas veces toda bañada en aquellas dulces lágrimas que los consuelos interiores, anticipados destellos de la gloria, hacen derramar á los santos, acompañadas no pocas veces de admirables éxtasis. Solo ver alguna imagen de la santísima Virgen, á quien llamaba su madre, bastaba para experimentar en si los mismos efectos; y ocupada toda su alma en Dios los últimos días de su vida, era esta una oracion continua.

A tan alto grado de perfeccion habia llegado la fiel sierva de Dios, cuando quiso el Padre de las misericordias recompensarla con la gloria eterna. Cayó en-

ferma, y aunque parecia lijera la enfermedad, quiso recibir los sacramentos. Hizolo con tanta devocion, que la infundió en todos los circunstantes. Ninguno se persuadia que hubiese de morir con tan lijero mal; pero ella estaba mejor instruida que todos de su postrera hora. Con efecto, al quinto dia de su enfermedad espiró entre fervorosos actos de amor de Dios, en los cuales se habia ejercitado toda la vida. Sucedió su muerte el dia 27 de abril del año 1272, á los setenta de su edad.

El mismo dia de su glorioso tránsito manifestó Dios la santidad de aquella bienaventurada doncella; dejóse ver sobre la casa donde acababa de espirar un resplandor maravilloso, y los niños de toda la ciudad comenzaron á gritar: *Ya murió santa Cita*. Fué prodigioso el concurso del pueblo á venerar el santo cadáver, y las exequias parecian un magnífico triunfo. Venérase su cuerpo en la iglesia de San Frigidiano, y se conserva hasta el dia de hoy sin corrupcion. Cuéntanse mas de ciento y cincuenta milagros jurídicamente probados, con mucho mayor número de ellos que obra cada dia el Señor por la intercesion de esta santa.

El año de 1580 se abrió la sepultura, y se halló entero el santo cuerpo. Colocáronle en una rica caja para satisfacer á la devocion del pueblo: está todo él cubierto con una ropa de brocado de oro; y la cara y manos, que se ven por un cristal, pudieran persuadir que aun está vivo. Leon X dió licencia para que en la iglesia de San Frigidiano se rezase con oficio doble de nuestra santa, á la cual profesa singular veneracion toda la ciudad de Luca.

*La misa es del comun de las virgenes, y la oracion la siguiente.*

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beate Cita virginis tuae festivitate gaudeamus, ita pia devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor y Salvador nuestro, la súplica, que os hacemos, de que así como nos alegramos en la festividad de vuestra bienaventurada virgen santa Cita, así recibamos en ella una verdadera y piadosa devoción. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el día XVII, pág. 432.*

NOTA.

« Teniendo noticia san Pablo de lo que pasaba en  
» Corinto, donde algunos falsos apóstoles procuraban  
» desacreditarle para hacer perder á los fieles la estimación y confianza que hacían de él, escribió esta  
» segunda carta, dirigida, no solo á los de Corinto, sino á todos los fieles de la provincia de Acaya.  
» Contiene excelentes instrucciones, singularmente sobre la castidad. Escribióse en Macedonia, y la  
» envió el Apóstol por Tito y por san Lucas el año  
» 57 de Cristo. »

REFLEXIONES.

¡Qué trastorno tan lastimoso de ideas y de entendimiento! Todos se glorian en el día de hoy de todo aquello que no es gloriarse en el Señor; y todo lo que es gloriarse en el Señor, se reputa entre los mundanos por bajeza de alma, por despecho, por melancolía. Todo el mundo alaba á un hombre que está lleno de ambición; el orgullo es el que se lleva en todo la primacía; la soberbia es la pasión de moda;

la mas necia vanidad se hace escuchar; y si es atrevida, descarada y fiera, se hace respetar. En medio de eso convienen en que no hay cosa mas baja, mas odiosa, ni mas despreciable que el orgullo.

Con efecto, siempre es hijo de un ánimo apocado, y prueba de un pobre y corto entendimiento. Los tontos y los mentecatos siempre están pensando en cómo podrán hacerse estimar. Mirase con lástima á un miserable, que habiendo perdido el juicio, se figura ser un principe. Entre el que adolece de este achaque y un orgulloso, no hay otra diferencia que la de mas ó menos.

Un hombre de buen entendimiento no se deja deslumbrar de sus prendas; adelántase su penetración á conocer lo mucho que le falta; pero un entendimiento limitado apenas sale de sí mismo, y como sus escasas luces no se extienden mas allá de su esfera, todo lo que hacen los otros le parece cosa muy comun, y solo halla que admirar en lo que él hace.

Ciertamente no hay hombre mas despreciable, ni con efecto mas despreciado, que un orgulloso; y sin embargo no hay hombres mas ansiosos de honras y de distinciones. Revientan por ser estimados; y con esto mismo acreditan que no merecen serlo. No hay pasión mas opuesta al fin á que aspira, ni á los bienes imaginarios con que se alimenta, que el orgullo: hipa por brillar, por distinguirse, por sobresalir entre todos los demás: vanos esfuerzos, proyectos frívolos. Busca el orgulloso la distinción en todo, y todo conspira á humillarle y á confundirle. Fatigándose por introducir en el pueblo un alto concepto de sí mismo, se hace la fábula de todo él, y singularmente la risa de toda la gente cuerda. ¡Pero si á lo menos escarmentara á costa de su propia experiencia! Nada menos. El orgullo es ciego; bien puede estar á los piés de todos; mas ni por eso se dará por vencido.

Las mayores humillaciones le irritan, pero no le curan. ¡Cosa extraña! no pocas veces se levanta uno por orgullo contra el orgullo mismo. Ni los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion, son siempre los que menos adolecen de ella: su veneno se comunica hasta á lo que podía servirla de remedio; aun en la misma humillacion se sabe introducir el orgullo. Esta misma generalidad es la que nos familiariza con él; pero las enfermedades epidémicas y populares no son menos peligrosas porque sean mas comunes. La verdadera gloria, dice el Sabio, siempre huye de los que la siguen, y siempre sigue á los que van huyendo de ella. Así se complace Dios en llenar de ignominia á los corazones soberbios. El mismo orgullo es castigo y suplicio de los orgullosos. ¡Cuántos disgustos se ahorrarían si cada uno se hiciera justicia á sí mismo! ¡Feliz, Señor, aquel que coloca toda su gloria en agradaros! ¿Quiénes son mas dignos de estimacion y de respeto que los que os sirven?

*El evangelio es del cap. 23 de san Mateo, y el mismo que el dia XVII, pág. 434.*

### MEDITACION.

#### DEL PECADO DE OMISION.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que aquellas vírgenes necias, desgraciadas por haber sido repudiadas del Esposo, al fin eran vírgenes, eran de costumbres irreprehensibles, eran respetables por su conducta; mas para agradar á Dios es preciso llenar todos los deberes de la justicia. No basta no obrar mal; es necesario hacer todo el bien que quiere Dios que hagamos: omitir el menor de estos de-

beres, es una falta. Aquellas vírgenes estaban aguardando al Esposo; habian hecho algunos gastos para hacerle un honrado recibimiento; mostrábanse bastante ansiosas y solícitas de su venida, pero se descuidaron en hacer las provisiones á tiempo; tenían lámparas, mas faltaba el aceite. ¡Buen Dios, cuántas almas están ardiendo en el infierno por pecados de omision! ¡cuántos padres y madres están condenados por haberse descuidado en la educacion de sus hijos, por no haberlos reprendido y castigado, dejándose llevar de una blanda y culpable condescendencia! ¡Cuántas personas constituidas en dignidad arden y arderán eternamente por no haber velado sobre sus súbditos y dependientes! A la verdad, ellos no cometieron los pecados, pero no los impidieron; ellos fueron íntegros, rectos, desinteresados, pero no lo fueron sus subalternos; supieronlo, y no lo remediaron; pudieronlo saber, y quisieron ignorarlo. Aquella matrona es modesta, es virtuosa, es ejemplar; pero si da demasiada libertad á su hija, si la disimula aquel modo de vestir demasadamente profano, aquel excesivo desembarazo, aquel desahogo que ya pasa de alegría; si la permite asistir á la comedia, al sarao, al juego, ¿no se hará rea de todos los pecados que comete la hija, y aun de aquellos á cuyo peligro la expone aunque no los cometa? ¡Buen Dios, cuántos parecerán en vuestra divina presencia cargados de deudas ajenas!

Los príncipes y los soberanos tienen grandes y estrechas cuentas que dar. ¡Cuánto bien debieron hacer, cuántas virtudes practicar, cuántas obligaciones cumplir; y cuántos vicios debieron enmendar, cuántos desórdenes corregir! Si es gran pecado faltar á lo primero, ¿lo será menos descuidarse en lo segundo?

Los prelados deben grandes ejemplos á su pueblo y á toda la Iglesia. Quanto mas les eleva su carácter,